

FILMS SELECTOS

FilmoTeca
de Catalunya



Imperio Argentina y Tony d'Algy en la película Paramount "Lo mejor es reír"

30.
Cts.

AÑO II N.º 44
15 de agosto de 1931



EN ESTE NÚMERO:

Casas de estrellas. — El cine y la moda. — ¡No soy fotogénica!, por María Luz Morales. — Mujeres bonitas, etc.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO



La eminent estrella Marlene Dietrich en la película
MARRUECOS
ES UN FILM PARAMOUNT

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRÁFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larraya



REDACCIÓN
ADMINISTRACIÓN
Diputación 219. Tel. 13022
BARCELONA

DELEGACIÓN EN
MADRID: LIBRERÍA
EL HOGAR Y LA MODA
Calle Valverde, 30 y 32



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Colonias
Tres meses...375
Seis meses...750.
Un año.....15.

América y Portugal
Tres meses...475.
Seis meses...950.
Un año.....19.



CADA SÁBADO

NÚMERO SUELTO
30
CÉNTIMOS



DIVAGACIONES CINESCAS

PROTESTEMOS

CUANDO alguien se acerca a nosotros y como noticia sensacional nos dice a boca de jarro: «Ayer, en tal cine, patearon tal película», sentimos en lo más hondo de nuestro ser una indignación rayana en el desespero.

¿Y por qué creerán ustedes que la sentimos? ¿Porque se ha inferido una injuria al trabajo que han hecho, seguramente de buena fe, un grupo de artistas y operarios? ¿O porque no somos partidarios de la desaprobación demostrada tan gráficamente?

Pues no, señores, no. No es por eso, sino porque hemos dejado perder miserablemente la ocasión de desahogarnos. Una ocasión en que, con el derecho que da la solidaridad de la mayoría, hubiéramos podido gritar, silbar y berrear a pleno pulmón, con toda impunidad, sin temor al ridículo que hace uno cuando le dejan solo en la protesta en público.

¡Oh! ¡Qué delicia la de poder protestar hasta desgañitarse! ¡Qué satisfacción la de poder gritar ¡abajo!, ¡fuera!, con pleno asentimiento del vecino de butaca! ¡Y que en el fondo tenga uno razón! —la razón, siquiera, de estar de acuerdo con la mayoría del público.

Ustedes tal vez no lo separan, pero nosotros, que lo hemos experimentado más de una vez, podemos asegurar que, después de una de esas protestas épicas, monumentales, hemos salido a la calle con nuevos bríos de vida, como si saliéramos de una clínica de regeneración física y mental. Nos hemos sentido sin el lastre de residuos nocivos que va uno acumulando en el transcurso natural de las cosas de la vida. Se nos ha antojado que teníamos el espíritu más ingravido y feliz, como dispuesto a dedicar pacíficamente los elogios que sean necesarios a las películas buenas, mediocres y malas que hayamos de ver por obligación en día de estreno o de prueba.

Pero el tomarse así las cosas — esto es: berreando, primero, como un energúmeno y saliendo, luego, tan campante a la calle — necesita «su» poco de arte. Sabemos de muchas personas que han asistido a la protesta contra un espectáculo cualquiera y han salido tan disgustadas y nerviosas, que o han estado unos días enfermas, o han hecho voto solemne de no volver más a tal o cual espectáculo. Y esto es un error.

Dejar de ir al cine — y decimos «cine» porque aquí sólo él nos interesa —

por un mal estreno que nos dieron una noche, es tontería, y tomarse tan en serio el fracaso como para caer enfermo, es tontería mayor. La ocasión de la protesta debe tomarse como un desahogo que ofrecen las circunstancias para dejar escapar los malos humores del espíritu. Algo así como un medio de dar satisfacción a una necesidad fisiológica de la vida del alma (¿...?).

Si el cuerpo, por medio de los poros de la piel, deja escapar los humores que podrían perjudicarle y regula así mejor la economía vital, ¿por qué no ha de necesitar también el espíritu una válvula de escape por donde expulse al exterior las secreciones morbosas de su funcionamiento? Pues ninguna ocasión mejor para ello que la de tomar parte en el pateo de un estreno. Y cuanto mayor sea la bronca, más limpia quedará la mente de substancias tóxicas.

¿Que han pagado ustedes para ver cosa buena y no cosa mala? Prescindan de la intención con que han ido al cine y consideren el imponente beneficio «espiritual» que sacan de silbar, gritar y berrear a gusto.

Si, con la sana intención de desahogarse al menos una vez al año, salen ustedes a la calle y arman una bronca en la vía pública, tengan por seguro que se les impondrá una multa por lo menos de cinco duros, que habrán de pagar en buena moneda del Banco de España o con el arresto equivalente a razón de un día por duro. En cambio, armando esa bronca en el cine, junto con el «respetable público», a raíz de la proyección de una película mala, sólo le cuesta a uno las dos o tres pesetas de la entrada, y se sale más beneficiado que si se pagaran cinco duros. Y puede uno desahogarse sin traba alguna y decir, encima, que «tiene derecho»...

Este derecho, que no nos lo dan las leyes, sino las meras ocasiones, es, para nosotros, de efectos saludables. Con él nos desquitamos de todo lo que hemos tenido que decir contra nuestra voluntad durante el año y quedamos en disposición de decir otro tanto de la misma manera.

Por eso decimos que, cuando sabemos que ha sido pateada una película y no hemos podido asistir al pateo, sentimos un hondo coraje por la ocasión que hemos dejado perder sin aprovecharnos del desfogue aliviador a que nos daba derecho.

LORENZO CONDE

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Trimestre, 3'75 pts. - Semestre, 7'50 - Año, 15

AMÉRICA Y PORTUGAL:

Trimestre, 4'75 - Semestre, 9'50 - Año, 19

Nombre _____

Calle _____ númer.

Población _____ Provincia _____

Desea suscribirse a **Films Selectos** por un trimestre - semestre - un año. (Tácheselo lo que no interese.) A par-

tir del 1º El importe se lo remito por giro postal número Impuesto en

o en sellos de correo. (Tácheselo lo que no interese.)

(Firma del subscriptor)

de
(Fecha)

de 193

De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine.

Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el seudónimo que quieran que figure al publicarse.

No sostenremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

305. — Insignificante agradecería le diesen todos los detalles posibles de la vida del actor sueco Nils Asther, y que le envíen, si alguien la conoce, la letra en inglés del fox de *El rey del Jazz*, *Happy Feet*.

306. — Un beso a media luz desearía saber si la señorita P. M. ha recibido su carta, cosa que duda, pues cree que le envió mal las señas. En caso negativo, le ruega le vuelva a escribir.

307. — Una admiradora de Charles Morton desea saber datos biográficos, señas personales y películas que ha interpretado Charles Morton; si hizo alguna sonora y si habla el español.

308. — Un aficionado más agradecerá mucho le digan qué cualidades personales se necesitan para ser artista del cine sonoro, tales como estatura, color de ojos, etc.

Igualmente agradecerá una biografía, lo más amplia posible, de Antonio Moreno.

309. — Une jeune fille desearía saber la letra en francés de las canciones «Mais non... mais non... madame» y «Toi et moi», que ha oido cantar a Maurice Chevalier.

310. — Jhon Boles dice: ¿Habrá algún lector o lectora que posea una fotografía de Jhon Boles y quisiera venderla o cambiársela por otras?

Me pongo a disposición de todos los lectores para tratar de asuntos de cine en que yo pueda servirles.

311. — Soy aficionado a la cinematografía, poseo un equipo Pathé, y desearía entablar relación con persona de mis aficiones.

Agradecería poder saber si hay alguna revista en español o francés que trate sobre la técnica cinematográfica en todos sus aspectos.

Tendría sumo placer en que algún lector o simpática lectora de esta revista quisiera colaborar en mis películas de aficionado.

Mis señas son: Juan Matas, Travesera de las Corts, 21 (frente calle Aviación), Barcelona. Teléfono 32070.

312. — Un soriano solicita de los amables lectores el nombre de los artistas de habla española pertenecientes al elenco de la Fox.

313. — José Antonio Castaño (Plaza Mayor, 6, Oviedo) quedaría muy agradecido de las lectoras y lectores que tuviésem a bien mandarle su opinión sobre el cine en general (sonoro, mudo o sincronizado).

A cambio de esto, puedo suministrar algunos datos referentes a las estrellas y astros de cine, tales como biografías, direcciones, estado, etc.

Suplico a los que me hagan este favor, que, para hacerlo completo, escriban sus opiniones en tarjetas o papel fuerte pequeño, pues mi intención es hacer una colección de opiniones.

Al mismo tiempo, y si alguno lo desea, yo entregaría varios números de la revista *El Cine* por algunos que me faltan de *Popular Film* (siempre que estén en buen uso). Los míos están como acabados de comprar.

314. — Herodóto, queriendo probar fortuna, agradecería se dignasen indicarle de qué forma y a qué dirección puede dirigirse para ofrecer un original cinematográfico a alguna manufatura que produzca películas habladas en español.

315. — Me interesa la dirección de las siguientes artistas: Imperio Argentina, Conchita Montenegro, Mona Maris, Carmen Viancé, Rosita Moreno y Ramón Novarro.

Mis señas son: Alfredo Rendueles, calle de Daniel Cerra, La Calzada, Gijón (Asturias).

316. — T. B. solicita de algún amable lector le manden las canciones que Imperio Argentina y Pepe Romeu cantan en *Su noche de bodas*.

317. — Fas desearía adquirir el número 1 de esta revista. ¿Hay algún amable lector que pueda facilitárselo? En caso afirmativo, indicar condiciones.

La misma pregunta hace José Fábregas Bouillí, Muntaner, 173, 2.º, Barcelona.

CONTESTACIONES

257. — De *Un Apolo moderno* para *Un admirador de los talkies* (demanda 81): Las canciones de la película marca Fox *El precio de un beso* son las siguientes: 1.º al empezar la película por José Mojica a caballo:

Por el mundo voy buscando = ¡ay! = un amor imaginario = que nunca puedo encontrar. = ¡ay, madre del alma! = el tiempo pasa volando, = y yo estoy seguro = que al fin sin amores = me voy a quedar. = En dónde es-

tás? ¡Oh, mujer imaginaria! = Yo busco el alivio del dolor; = yo quiero hallar en mi senda solitaria = tu alma toda henchida de amor. = En mí no hallarás desengaños; = hay en mí sólo un fiel corazón. = ¿En dónde estás? ¡Oh, mujer de mis sueños! = Escucha mis anhelos de amor.

José Mojica al entrar en el camarín de Mona Maris fingiendo un feo camarerero: — Antes de juzgar, = procurad mirar = lo que hay bajo un antifaz... = Muchas veces miente la triste fealdad, = pues debajo existe de amor la tempestad. = Es lo que hay en mí = y estoy aquí = para a solas darte mi amor, = y en un abrazo probar = si odias o sabes amar, = ver de lo que eres capaz = al caer el antifaz.

José Mojica simulando ser vendedor de muñecos: = Oigan, chicos, atención. = Aquí está la nueva invención = ¡Quién compra! Compren = un juguete colosal. = Cómpralo aquí. = Mono en un cordel = ¡Qué gracioso es él! = Simple a manejar, = basta con estirar, = sube y baja así = y, sin protestar, = obedece fiel. = Baña sin cesar = sólo con tirar = así del cordel. = Pero hay que admirar = esta gran lección = que el monito da = desde su cordón. = Nos dice que al fin = el hombre es como él = en su condición = si hay un dictador = que nos tire del cordón. = Mono yo, mono tú, lo que yo hago haces tú. = Si hago sin-ga-sin, = haces sin-ga-sin tú. = ¡Ay! Qué gusto nos da = ver los monos bailar = y hacer su miseria olvidar. = Dócil como él, = mono en un cordel = fácil de operar; = sólo hay que estirar, = mas no hay que olvidar = esta gran lección = que el monito da. = Que hay un dictador = que nos tira del cordón.

José Mojica a Mona Maris en la cabaña donde la ha llevado contra la voluntad de ella: — Pero al menos tome usted asiento = que bien cansada debe de estar. = Ya pronto vendrá el feliz momento = de poder en calma amar. = Almas constantes, labios ardientes; = sólo los dos amantes, = manos que suaves dan sus caricias, = tiernas, cuales tu amor. = Vaya un carácter dócil, bueno, = tal como me gusta a mí. = Sigue mirándome así = diciendo: «Te amo». = Pechos sinceros dan placeres = el amor verdadero. = Bella es la vida si a un amor nuevo = dices por fin: «Tequiero». = Aunque te ruborices, = yo sé bien lo que dices: = «Quíere mucho...» = Y en dulce abrazo = ¡ámame! José Mojica a Mona Maris mientras ésta aparenta dormir: — En la suave oscuridad = hay una voz natural. = En el misterio de amor = hay un canto arrullador. = Oye, nena; tú nunca supiste amar. = Dime si amas al escuchar mi cantar. = Sólo un momento yo tuve para entender = lo que es sentirse inflamado por un querer. = Piensa: «Sabes en cuál momento te amo?». = Cuando, loco, un beso yo te robé. = En ese beso mi alma se enloqueció = ¡Oh! ¡Amame! Tu beso me perdió.

Serenata de José Mojica al pie de la ventana de Mona Maris: — Hay melodía que noche y día me persigue. = Brota del corazón. = Nada callaría consigue. = Es la canción que me inspira amor... = Es la voz de un pobre soñador. = Alguna vez un sonreír habla, = y es que tal vez un corazón ama. = Cuando dos labios al beso tientan, besa. = Si dos amantes sueñan perdidos, calla. = Alguna vez tu dulce voz llama; = pero, tal vez, fué sólo el viento al pasar = ¡oh, cuánto quiero amar! = Y un sueño realizar. = Yo para tí, = tú para mí ¡No más!

José Mojica desde su encierro: — ¡Rosario! ¡Rosario! = ¿Qué tal, mi «señorita»? = Nunca te vi tan bella = como ahora, Rosario. = Mira el iluso que un día te brindó = el corazón, = sin comprender que en ti anida, = falaz, la atracción. = Pero en el juego de amor, = si uno llega a perder, = pues es lo mejor reír, cruel yo, = Rosario. = Y pensaste humillarme así. = ¡Ja, ja, ja!... = Y creíste ver mi llanto. = ¡Ja, ja, ja, ja!... = Nunca sentí mayor felicidad = aunque voy a morir = por sólo besar. = Ojos que un día me encantaron = con dulce mirar. = Labios que un día me tentaron = y quisieron besar. = ¡Cuánto soñé que sinceros = pudiesen amarme! = Mas la atracción es la gentil = Rosario. = Y todos mis sueños fueron mentiras. = ¡Ya bien se ve hoy! = Mi vida es el precio de un beso = y alegre la doy. = Mi pecho se ufana de haberte = podido besar = y ahora río con mi cantar. = Libre me siento porque tu encanto = no me domina, = mi vida es el precio de un beso = y alegre la doy. = Mi celda es palacio, y aunque a morir = pronto voy... = Con una canción a la muerte diré = ¡Libre soy!

Esta letra la han remitió también *La Chica de los ojos azules* y *Una madrileña*.

258. — La chica de los ojos azules manda la letra de:

Luisa. — Murmura la brisa, Luisa, al pasar; = Luisa, repite el ave al trinar, = iy hasta la flor sabe que yo = te amo, Luisa!... = De mi corazón, el continuo latir = lo que sentí parece repetir. = Cada rumor me dice así: = ¡Te adoro, Luisa!... = Sólo oírte y verte = me alegra el corazón. = ¡Junto a mi tenerte, = qué dulce emoción!... = Nadie supo ver que, al besarte, mujer, = todo mi ser te ofrecía al besar. = ¡Quiero vivir, para cantar = te amo, Luisa!...

Contestación de Ronciscas Albavil:

259. — Para *Ginés Quirant*, Elche: Nancy Carroll, de ascendencia irlandesa, nació en Manhattan, Nueva York, el año 1906, debutando muy joven en una compañía de opereta del Broadway neoyorquino. Poco tiempo después ingresó en las huestes cinematográficas, y ha obtenido éxitos muy estimables en *La rosa irlandesa de Abraham*, *Los dineros del sacerdote*, *Una cana al aire*, *Oasis* y *El ángel pecador*. Está casada con Jack Kirkland, de quien tiene un hijo.

260. — Un soriano envía para *El Novarro* las direcciones siguientes: La de Antonio Moreno es: First National Studios, Burbank, California, y la de Norma Shearer, Greta Garbo, Dorothy Jordán, Anita Page, Ramón Novarro, John Gilbert y Valentín Parera es: Metro Goldwyn Mayer Studios, Culvert City, California.

Ruégole que antes de solicitar direcciones de artistas en esta sección, vea las que constantemente está publicando este mismo periódico, por lo regular en las últimas páginas. Se lo digo en bien de usted, pues de ese modo ganará tiempo, y en bien de todos los colaboradores de esta sección.

N. de la R. — Hacemos nuestra esta advertencia que tan oportunamente se le ha ocurrido a *Un soriano*.

Leda y el Cisne contesta a las siguientes preguntas:

261. — A *Un admirador de Corinne Griffith*: Corinne está casada con Walter Morosco, conocido empresario de teatro, y es de ascendencia inglesa e italiana, aunque por sus aficiones más bien parezca francesa. Ya sabrá usted que es bellísima, pero no sé si estará usted enterado de que sus manos y tobillos han servido de modelo a gran número de escultores. Es muy aficionada a las artes, y el primer dinero que ganó fue producto de la venta de un dibujo suyo, pues es bastante buena dibujante. Tiene gran amistad con Florence Vidor y su marido y con los esposos Nibley y Fitznaurice, y gustan mucho de reunirse en su misma casa, a ver las últimas producciones cinematográficas, pues Corinne tiene montada una instalación perfecta en su casa. Su flor preferida es el lirio, y tiene un jardincito todo sembrado de ellos, enviados por sus admiradores de todas las partes del mundo. También, aunque no lo parezca, es una gran entusiasta de los deportes, principalmente del *tennis* y de la natación.

262. — Para *Un albacetense*: La muchachita que trabaja en *Los cuatro diablos* y por quien usted pregunta, es Nancy Drexel Kitchen, poco conocida en el mundo cinematográfico. Desde niña tuvo deseos de ser artista, y a los ocho años debutó en una ópera cómica.

263. — A *Vilma Banky*: Para obtener las fotografías como usted desea tiene que mandarlas a estos artistas 25 centavos (moneda americana) a los estudios donde trabajan y una carta con su nombre y dirección y expresando, además, la condición de que las desea usted firmadas.

Tres contestaciones de *Ronciscas Albavil*:

264. — Para *Loco por él* (108): En síntesis, le diré de Ramón Novarro algo de lo muy extenso que en mi archivo se encuentra del inimitable artista y desde luego me pongo a su disposición para solventar alguna duda o conocimiento que usted desee, siempre que esté a mi alcance. Ramón Samaniegos Novarro nació el 20 de septiembre de 1899, en Durango, Méjico. Su estatura es 1,77 metros. Hasta la fecha permanece soltero. Llegó hasta nosotros la noticia de que pensaba retirarse a un convento; no se alarme, nada más inexacto. Es un espíritu elevado y reflexivo. No frequenta los «dancings» ni las fiestas y sus amigos son todos aficionados a la música y de alto nivel intelectual. Vive con sus padres en una linda casa y en la intimidad grata de su hogar se preocupa por todos los medios de acrecentar su cultura. Su gran sueño, por el que siente verdadero delirio, es el de dedicarse a la ópera. Es, en suma, el tipo clásico del caballero español, del que posee en máximo grado sus gustos y aficiones.

Me permito recordarle que quedó a su disposición.

265. — Para *Galleguina de ojos pardos* (114): Le doy las más rendidas gracias por el título de amable con que me distingue y, correspondiendo a su delicadeza, no puedo por menos de transmitirlo lo siguiente:

Su inimitable Greta Garbo tiene 1,67 metros de estatura. La última película que de ella se ha estrenado aquí, en Madrid, ha sido *Romance*, con Lewis Stone, y probablemente, dado lo avanzado de la temporada, no tendremos ocasión hasta la próxima, de admirar sus bellas dotes miméticas. Y puntualizo de esta manera porque el cine sonoro no la ha realizado del pedestal en que se hallaba. Es una verdadera lastima que su voz sea dura, inarmónica y desprovista de musicalidad, hasta el punto de haber sido ella la causante de substituir a su dueña por otra artista norteamericana: es el caso del dramaturgo inglés Frederic Lonsdale, del que sin duda poseerá usted noticia.

Quedo de usted servidor.

Contestación de *Tahoser*:

266. — Demanda 131: La dirección de Charles Farrell y Janet Gaynor es: Fox, 850 Tenth Avenue, New York.

¡NO SOY FOTOGÉNICA!

por

MARÍA LUZ MORALES



Virginia Cherrill, de la Fox, es una belleza perfectamente fotogénica

ELLA. — ¿Leyó usted días pasados las declaraciones de miss Europa?

EL. — Vagamente recuerdo el título y la firma. Pero no el texto... De las reinas de la belleza, siempre me parece mucho más prometedor, o siquiera más interesante, un retrato — ¡cuando menos un retrato! —, que un artículo... Confieso que no leí el de esa señorita.

ELLA. — Eso se perdió usted. Era muy interesante, muy curioso. Muy femenino, como dicen ustedes. La señorita Europa no aspira a ser estrella de cine o de «music-hall», sino simplemente buena esposa y buena madre; no quiere casarse con un hombre guapo y rico, sino con aquel que le ofrece mayores garantías de buen carácter, generosidad y popularidad — simpatías diríamos nosotros — entre sus conciudadanos, aun-

cuento sea feo y pobre; no pretende guardar de su regia condición actual sino un grato recuerdo de juventud para los días de la vejez, y está convencida de que «la belleza no lo es todo en la vida».

EL. — ¡Rara sabiduría para mostrada por una muchacha tan bonita!...

ELLA. — Muchas gracias. Irremisiblemente acaba de llamarla fea... o de llamarla tonta.

EL. — ¿Y le molesta?

ELLA. — ¡Naturalmente!

EL. — Desde luego, puesta a elegir, usted preferiría...

ELLA. — Lo segundo, ni qué decir tiene. Y como yo, cualquier mujer..., si dejaba hablar a su sinceridad.

EL. — ¿Por qué?... ¿Quiere usted explicármelo?

ELLA. — Es difícil de explicar. ¡Qué sé yo, qué sabemos nosotras! Acaso porque la sabiduría es menos rotunda, más opinable que la belleza..., y no existen espejos que la mengan o la acusen... Tal vez porque la conciencia de aquella es durable y ésta pasajera, deleznable, como dicen los moralistas, hace a ésta precisamente más atractiva, deseable y preciosa... Quizá porque algo oscuro, imperioso e indefinible, como es siempre lo instintivo, nos hace sentirnos, en cuanto mujeres, en la obligación de ser bonitas antes que en la de ser sabias. O acaso..., porque sí. Crea usted que — femeninamente por lo menos — cuando la razón se fatiga de tanto razonamiento, concede un valor inmenso a esta salvadora... razón. Por todo ello prefiero creer que me ha llamado usted tonta...

EL. — ¡Oh, no, no! Protesto.

ELLA. — ¿Fea, entonces?

EL. — Usted misma ha dicho que hay espesios que acusan...

ESCENA Y PANTALLA

LA GLORIOSA INGENUIDAD YANQUI...

Crónica de los Estados Unidos especial para FILMS SELECTOS,
por Mary M. Spaulding



Mary M. Spaulding, con el actor Eddie Buzzell, del elenco de la Columbia. En esta crónica nuestra corresponsal explica el motivo de esta rara fotografía...

FilmsToco
No hay país en nuestro globo terráqueo que erija tantos ídolos como este glorioso pedazo de tierra del Tío Sam. ¡El país del becerro de oro!... Un día es Buddy Rogers..., otro Ruddy Vallee, o Chevalier..., o la Dietrich. Hoy le toca a «Eddie Buzzell».

En nuestros pueblos hay muy pocas personas, empero, que tengan noticia de este personaje. Aun no ha llegado a nuestros remotos países el delirio que hace vibrar a los buenos e ingenuos yanquis, en presencia de este nuevo ídolo que se levanta, pulgada a pulgada, en el pedestal de la frivolidad.

Y, al fin, me preguntarán los lectores quién es Eddie Buzzell... ¿Qué hizo para convertirse en héroe?... ¿Acaso cruzó el Atlántico como Lindbergh, o plantó su bandera en el Polo Sur como Byrd, o asesinó a media población en Chicago, como Al Capone?...

Nada de eso. Eddie ¡el pobrecito! es un héroe sin pecados. Y su historia, vista con los lentes de la justicia, carece en absoluto de glorirosidades. Lo que pasa es que Eddie hace reír a los americanos, y para este país donde el trabajo constituye la fuente sacrosanta de los ingresos, y que, en honor de la verdad, ha glorificado al trabajador, levantándole de la condición de esclavo a la de factor importante del engranaje social, la risa es la esencia de la vida.

El americano, en términos generales, ríe por cualquier cosa. Sus comedias no son pícaras, sino de una ingenuidad pasmosa.

Eddie Buzzell, el actor que hoy nos preocupa, ha inventado una nueva manera de hacer dinero, divirtiendo a las gentes con unas historias inverosímiles, algunas de ellas sabrosas, otras descoloridas, pero que durante un buen rato provocan la hilaridad entre los espectadores. El alcance intelectual de estas historietas no importa. La gente ríe, y cuando la gran masa sale de un coliseo con semblante satisfecho, hay una irremediable corriente de felicidad que se trasmite al transeúnte: éste, que goza de manera indirecta con aquella alegría desconocida que advierte, penetra en el templo de la risa, para buscar la sensación plena de aquella emoción..., y he aquí que las glorificaciones de estos ídolos de las tablas o del celuloide no dependen sino del éxito de taquilla que su temporada en un coliseo produzca al dueño del mismo.

También sucede otro tanto con la influencia de un drama. Individualmente somos morbosos. Nos gusta ir a ver una obra en la cual lloraremos a moco tendido. Es el raro y voluptuoso placer de sufrir que se manifiesta tarde o temprano en nosotros.

Pero nos alejamos de Eddie Buzzell. Las historias a que me refiero llevan por nombre «Cuentos para personas mayores». Son una serie de disparates deliciosos. Los ciudadanos de este país de enorme preponderancia y fama de expertos comerciantes, con su Wall Street que controla el dinero universal, etcétera, llevan todavía el sello de «niños grandes». Y la serie de tonterías que Eddie les cuenta en cuadros filmables, en películas de corto metraje, tienen el poder de divertirlos extraordinariamente.

Sin embargo, la personalidad de Eddie es digna de mención. Porque sacarle provecho a una situación frívola es más importante que tener mucho talento y morirse de hambre.

Este joven se miró un día al espejo



Eddie Buzzell en el acto de filmar una de sus «historietas para personas mayores».

y se encontró buen mozo. Hizo unas cuantas piruetas y monologó un rato trente a la superficie de azogue, y como al llevar su pequeño «acto» a los otros miembros de su familia, éstos se vieran atacados de una risa incontrolable, el joven se dió una palmada en la frente y se dijo que había nacido para ser comediante.

Se dirigió al teatro y comenzó a explotar las cosas inverosímiles, absurdas, En los actos de vaudeville, introducía siempre alguna tontería fuera de programa, algo tan extemporáneo, que los demás quedaban un instante desconcertados. El público «veía» el chiste y reía a más no poder. Los empresarios, que al primer momento de sorpresa se miraron espantados, creyendo que la pitada sería descomunal, al oír aquellas carcajadas comenzaron a sospechar que Eddie tenía talento, o lo que es lo mismo, que había «caído bien», y aprovechando aquella súbita simpatía, elevaron al improvisado comediante a la categoría de ídolo popular.

Eddie Buzzell volvió a someterse a un autoexamen. Convino consigo mismo en que sus talentos no se debían limitar a «pintar monos» en las tablas; y esa noche, al llegar a su casa, sintiéndose más grande que nunca, con la audacia de los llamados a triunfar, escribió su primera obra escénica. Iniciado como escritor no quiso limitarse a esta labor y empezó a producir sus propias obras. Después, las dirigió.

Durante unos cuatro años, en el teatro legítimo, Eddie Buzzell apareció en siete comedias musicales de importancia. En 1929 uno de los hermanos Warner, del trío Warner-Bros-Pictures, le persuadió a invadir el campo de la cinematografía con la esperanza de que sus gracias tendrían tanto éxito en la pantalla parlante como habían tenido en las tablas.

Eddie Buzzell apareció, pues, en la película de Warner Bros y First National, cuyo título en inglés es «Little Johny Jones». No satisfecho con el éxito rotundo alcanzado en esa producción, multiplicó sus actividades produciendo para ambas casas, independientemente.

Originó los cuentos filmicos, hechos a través del micrófono (que aparecía en escena), en los cuales él toma seis o siete papeles al mismo tiempo. Esto es: ante el micrófono, comienza a contar una de sus inverosímiles historietas y según habla, van apareciendo diferentes escenas, de las que él es héroe, villano, etcétera. Y he aquí que esto ha llegado a constituir una de las novedades del cine.

De la noche a la mañana Eddie Buzzell se encuentra famoso, rico, asediado por todas las casas productoras que quieren controlar «su talento».

La labor periodística me colocó entrete de este nuevo ídolo. Tuve un temor incipiente de que aquella entrevista resultaría un desesperado bostezo, pues que, de raza y costumbres diferentes, aquellas habilidades del actor cómico que tanta risa provocaban en los rubios del Norte, me parecían aburridísimas a mí...

No obstante, los que nos ganamos la vida a caza de estos personajes fantásticos que se mueven como sombras en la pantalla de aluminio, o que aparecen en los escenarios abrumados por el oropel y los lujos superficiales, no podemos escoger: tenemos que presentarle al público lo que está de actualidad. Penetrar en las almas, abiertas o herméticas,

de estos personajes, y recorriendo cada vericueto de sus jardines interiores, florícentes unos, estériles como desiertos otros, robarles sus secretos y ofrecerlos al implacable público que espera.

Eddie Buzzell, empero, me tenía reservada una sorpresa. En la vida privada, cuando se olvida un momento de sus «gracias», es un tipo complejo e interesante.

A primera vista es el clown que divierte. Después, cuando penetramos en sus jardines interiores, encontramos bellos paisajes ocultos a las miradas de los indiferentes.

El joven actor, escritor y director, tiene una doble personalidad. En su espíritu hay una enorme dosis de sentimentalismo. Eddie es nostálgico como un poeta.

Entre nosotros se inició una rara y franca amistad. Fué como si, desdoblándose, me hubiera presentado solamente aquella parte de su alma que siendo soñadora y exquisita, tiene más puntos de contacto y comunión espiritual con nues-

tra raza hispana, melancólica y plétórica de sentimentalismo.

Tuve el privilegio de leer muchas de sus creaciones, que jamás ha llevado a la pantalla, como si tuviera celos de que el público, este público «suyo» que le aplaude las gracias extravagantes, compartiera con él el encanto sagrado de sus ensueños y poemas... Eddie es un poeta... Su prosa tiene la belleza de la mejor y más dulce poesía...

Por esa rara atracción psíquica o corriente, pudiéramos llamar, que se establece entre dos almas, cuando hay mucho de común entre ellas, hablamos sin las caretas de los convencionalismos. El, como un simple individuo que lucha para vivir. Yo, sin la avidez morbosa del que quiere arrancar noticias sensacionales...

Y el joven actor me contó sus esfuerzos para hacerle comprender a los productores que si sus primeras gracias fueron aplaudidas, tomando la ingenuidad del público como sorpresa, no

(Continúa en la página 22)

ción joven y ardiente había creado para ella.

Así las cosas, fué a dar una tarde a las oficinas de una importante casa productora de cintas cinematográficas con el objeto de buscar, no una oportunidad para entrar en el cine, el cual ella abominaba, sino deseando relacionarse con un departamento literario en alguna compañía donde pudiese ella adiestrarse en el divino arte de las letras. El jefe de la casa, tras una breve entrevista, seducido, quizás, por la galante y exquisita aristocracia de la joven, le brindó, sin vacilar, una serie de libros para que los leyera y le trajese luego las sinopsis; trabajo que ella hacía, en su oficina, a la hora de almuerzo y por las noches en la silenciosa soledad de su cuarto en una casa de huéspedes.

A pesar del excesivo trabajo sentiase miss Harding contenta y satisfecha. Ya no era solamente una simple estenógrafa, sino también un importante factor en la selección de obras para la producción de películas y, acaso, el viejo decir vino a su mente: «El genio es una larga paciencia.»

Entre tanto, el tiempo iba pasando y la falta de distracción, de recreo, de solaz, iba agotando tan dolorosamente la constitución de la ambiciosa joven que sentía ya la absoluta necesidad de algún descanso. Una tarde en que fué a llevar las sinopsis de los libros leídos oyó hablar en la oficina de una pequeña compañía teatral que empezaba entonces a producir obras de no escaso valor en el famoso Greenwich Village, el barrio bohemio de Nueva York.

Acaso por curiosidad, acaso por buscar lo desconocido, acaso por ambición artística encaminóse aquella misma tarde Ann a los estudios de esa nueva empresa con tan buena suerte que fué contratada para hacer el papel principal en la nueva producción que se proponían producir. Terminada esa obra, la maestría de que dió elocuentes pruebas le conquistó un puesto permanente en la compañía ganando treinta y cinco dólares a la semana, lo cual, dicho sea de paso, excedía a lo que ganaba ella en las dos colocaciones que estaba desempeñando anteriormente.

Durante ocho meses continuó Ann Harding trabajando con los Provincetown Players aceptando, luego que hubo terminado su contrato, un papel, de no gran importancia, en el drama «Like a King», terminado el cual decidió miss Harding trasladarse a Detroit. El trabajo teatral que consiguió en esa ciudad era tedioso y molesto y, además, muy mal remunerado. Sin embargo, procediendo, como procedía ella, de una familia de militares, la adversidad no lograba desilusionarla y decidió esperar con calma y con fe a que una oportunidad brillante se le presentara.



ANN Harding, una de las más radiantes estrellas del teatro americano, es la representación genuina del clásico tipo de la mujer yanqui. Su belleza es verdaderamente excepcional: alta, delgada, esbelta, elegante por naturaleza, de grandes ojos expresivos, de voz dulce y armoniosa como el alma de las arpas, y de una cabellera lacia de suave dorado anudada con simplicísimo arte en la nuca, nos evoca, cuando contemplamos su retrato o la vemos moverse ritmicamente sobre el lienzo cinematográfico, a ese conjunto de belleza y armonía que formaron las tres Gracias.

Hija de un general del ejército americano y miembro de una de las más encumbradas familias de los Estados Unidos desde los tiempos de la Guerra de la Independencia, hace alrededor de siete años que miss Harding decidió abandonar la ciudad de Washington, D. C., donde nació y vivió siempre circun-

ANN HARDING

SILUETA

dada de una aureola de gloria, para crearse por sí misma un nombre ilustre y respetable sin la ayuda del apoyo moral que le brindaba toda la prestigiosa historia de sus antepasados.

Nueva York es la Mecca de todos los que anhelan las bienaventuranzas de un porvenir risueño, y a Nueva York vino Ann Harding sin más equipaje que un fardo de ilusiones en la mente y unos deseos insaciables de trabajar, logrando al poco tiempo satisfacerlos colocándose de estenógrafa en la «Metropolitan Life Insurance Company».

Bien pronto, sin embargo, la clara y perspicaz inteligencia de la señorita Harding le hicieron comprender que aquella clase de trabajo no iba a brindarle la oportunidad de progresar tan rápidamente como ella deseaba, y aunque no quiso abandonarlo siguió buscando, además, alguna otra cosa que la fuera relacionando con el mundo que su imagina-



Clara Bow de la Paramount presenta un moderno vestido para tarde

Lois Moran de la Fox presenta un vestido para noche



Claire Luce de la Fox presenta un vestido para recepción

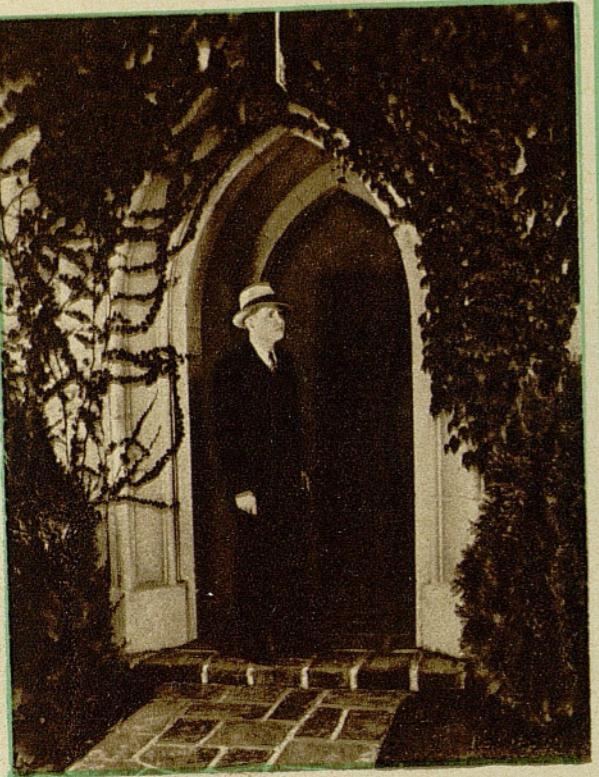
EL
CINE
Y
LA
MODA



CASAS DE ESTRELLAS



La casa tipo "rancho" de Tom Douglas



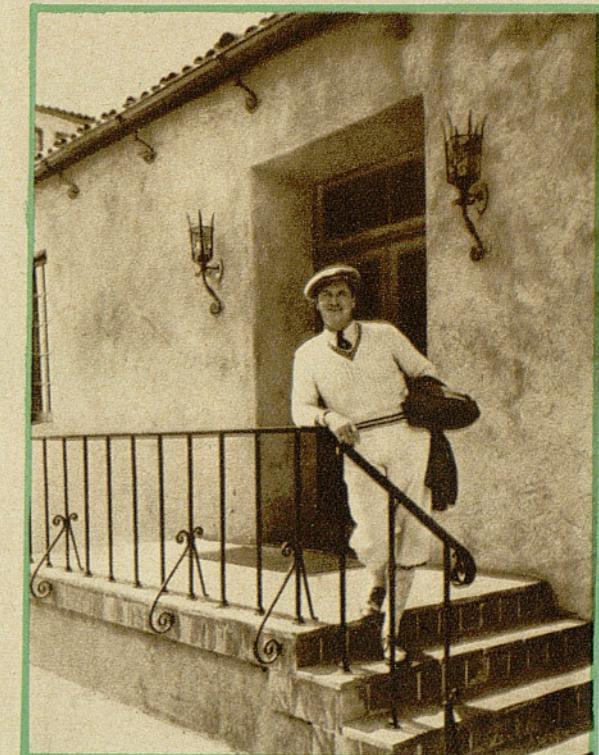
Stuart Erwin en la puerta de su casa



Carole Lombard nos saluda en el jardín de su hermosísima casa



Conchita Montenegro y José Crespo en la puerta de una casa de la época "colonial"



George Bancroft en la entrada de su domicilio

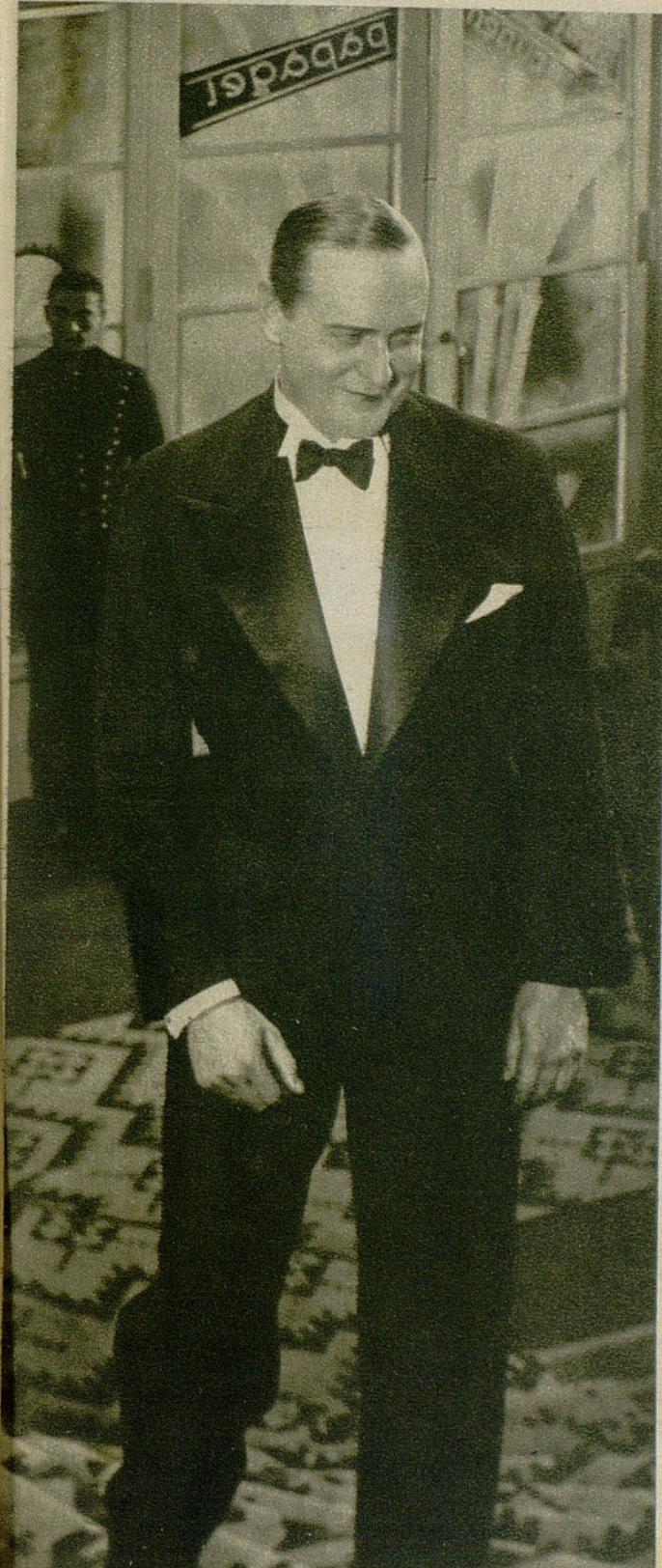


MUJERES BONITAS

Edwina Booth heroína de la magnífica película
Metro - Goldwyn - Mayer "Trader Horn"

LA MUJER ES UN ARTE DIGNO DE ESTUDIO, SEGÚN HARRY LIEDTKE

ALTO, atlético, de movimientos rígidos y ademanes correctos. Sus ojos azules tienen reflejada la candidez, la ingenuidad; su cabello rubio y su cara anifiada le dan un aspecto de niño encaramado en el pedestal de la popularidad, y que tiene ya cerca de sus manos la golosina de la Gloria. Así me creo ver a Harry Liedtke cuando me recibe en el umbral de su casa, un hotelito, en las afueras de la gran urbe, un



Actitud y expresión muy características de Harry Liedtke



Harry Liedtke en una escena de la divertida película «Delikatessen»

poco barroco y otro poco «kolosal». Me tiende su mano grande de campeón de boxeo, y me expongo a perder la mía. Pero no; Harry es armónico, delicado y atento, dentro de su humanidad de dos metros y pico, y me acoge con afabilidad y sin apretarme la mano. Después, le manifiesto mis temores, y me contesta:

—Usted es un español simpático, y estoy contento con hablar para su importante revista. Cuando no me gusta el periodista y es molesto e insistente, yo le aprieto fuertemente la mano para que no pueda escribir ni un renglón de mí.

Sonrio, y Liedtke se carcajea de una forma exagerada, afirmando la franca ingenuidad de la raza. Para no hacer mal papel, le acompañó en las fuertes risotadas, hasta que me tengo que dar por vencido y dejarle todavía un rato.

Pasamos a su despacho, de una suntuosidad regia, me ofrece asiento, y comienza mi interrogatorio:

—¿Cómo fué el dedicarse al cine?

—Por verdadera afición. Al principio trabajé en el teatro, pero la amplitud, el dinamismo y las bellezas de los escenarios del cine fijaron mi atención en este arte, y logré trabajar en algunas películas de poca importancia, hasta que, conseguido un rol de protagonista, me destaque consiguiendo un puesto en el cine silente.

—Que podrá usted ampliar al parlante — le advierto.

—Seguramente.

—¿Qué modalidad prefiere más?

—Artísticamente conceptúo más interesante el cine mudo; el hablado no puede competir con el teatro hasta que no llegue a su perfeccionamiento.

—Lo ve próximo? — le interrogo.

—Sí. Indudablemente los directores son personas competentes en el arte, y llegarán, en un corto plazo de tiempo, a dar con la clave de aunar el cine con el teatro, ya que no es otra la solución del cine hablado.

—Usted, en mi país, está conceptualizado como uno de los mejores actores de películas. El público tiene un concepto exacto del arte y le rinde su más fervorosa admiración.

—¡Oh! «Mochas» gracias — responde en español —. Yo también veo que España — sigue en alemán — tiene una cultura sólida, y una prueba edificante es que sabe apreciar los valores extranjeros, y conste que no lo digo por mí. No vaya a

(Continúa en la página 24)

FILMES SELECTOS

NOTICIAARIO

films selectos

Miss Hurst, una de las novelistas modernas que más humano interés ha puesto en sus obras, ha producido quizás la más humana de todas: «Park Avenue».

La trama gira alrededor de una de esas familias ricas y llenas de ventajas en la sociedad; de las que pueden habitar en mansiones en «Park Avenue». Una de esas familias que lo sacrifican todo para conservar a toda costa la prominencia social... para estar reconocidas en el célebre grupo de «los Cuatrocientos»...

Historia donde palpitan tantos intereses humanos... Amalgama de pretensiones, anhelos, mentiras y dolores sordos y decepciones... El drama callado de muchas de esas residencias donde un portero enfundado en uniforme abre y cierra las cancelas sin jamás mover un músculo del rostro. «Park Avenue» será

un nuevo triunfo cinematográfico de la casa «Columbia», que es la que ha adquirido los derechos de filmación.

FILMACIÓN PELIGROSA. — La arriesgada filmación llevada a cabo en las costas de California, para obtener con todo detalle la pesca de los monstruos del mar, está tocando a su fin. Afortunadamente no ha habido que lamentar el más mínimo accidente, a pesar de que, durante la impresión de la cinta, se llegó a cometer más de una imprudencia temeraria con el fin de aprovechar las difíciles oportunidades para la toma de vistas realmente extraordinarias que nos serán presentadas en esta película titulada, en francés, «Les monstres des mers».

Entre sus escenas más notables destacan: la pesca de tiburones y ballenas, así como la del temible pez «diablo».

resaltando la fuerza y destreza de estas fieras del mar para burlar su captura.

Este curiosísimo film sonoro, que será proyectado la temporada próxima, y que ha sido adquirido por el «Programa Gaumont», está debidamente completado con un relato en español.

EL «Programa Gaumont» acaba de adquirir, para la próxima temporada, tres grandes operetas cinematográficas, en las que actúa el nuevo astro de la pantalla, Willy Forst, como artista caprador de simpatías, pues en cuanto a baile y arte raya a incommensurable altura en las tres producciones: «Las alegres chicas de Viena», con la hermosísima vedette Lee Parry, «Music Hall» y «El secretario de madame», con la excelente actriz Liare Haid, todas ellas dirigidas por el insuperable metteur en scène Geza vor Bolvary.

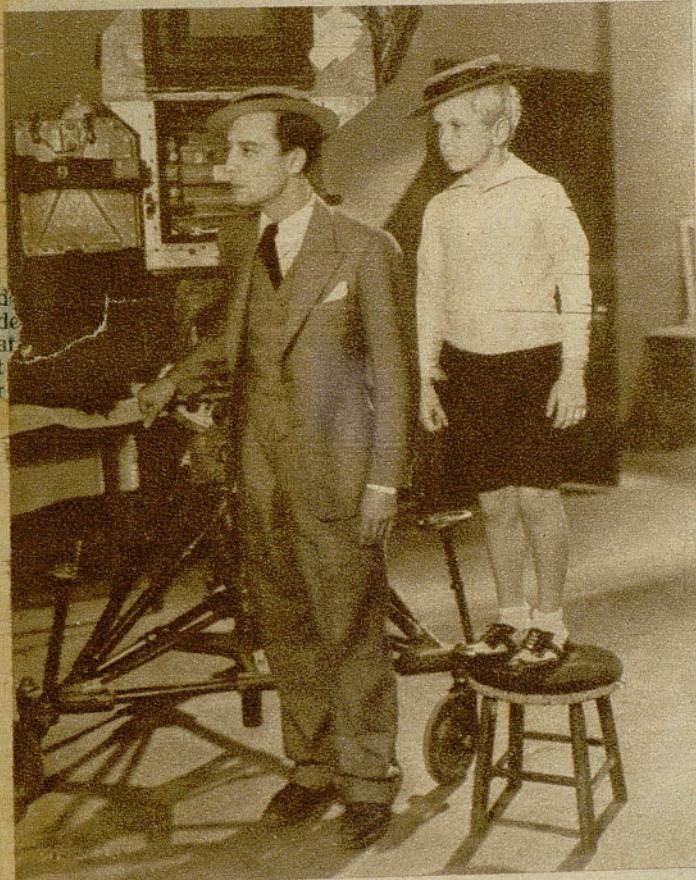


Olga Tschechowa, Ursula Grabley y Leo Mittler tomando el té después de una escena de «Das Konzert» Paramount.

WILLIAM Le Baron, vicepresidente encargado de la producción de las películas «Radio», ha contratado los servicios de los conocidos astros Adolph Menjou y Erich Von Stroheim, para actuar al lado de Lili Damita en la producción cinematográfica del programa de 1931-1932, intitulada «The sphinx has spoken» (La esfinge ha hablado), cuyo asunto, basado en la novela de Maurice Dekobra, se desenvuelve en los clubs y salones de la aristocracia londinense y en las tenebrosidades de la misteriosa India de Ghandi, en cuyas vastas planicies y pintorescos villorrios corre la trama de un tormentoso drama pasional, cargado de celos y de afectos contradictorios.

Poco hay que añadir sobre los méritos históricos de Adolph Menjou y de Erich Von Stroheim, cuya popularidad de taquilla — yarda infalible con que manifiestan los públicos sus predilecciones — es indiscutible. La suavidad de las maneras de gran señor de Menjou servirá, en esta nueva producción, para aplacar el ardor interpretativo de Lili Damita y la potencia explosiva de Von Stroheim.

Blanche Frederici, Laurence Olivier, Geoffrey Kerr, Rosco Ates, Hugh Herbert y Frederick Kerr, son otras luminarias que colaborarán con el susodicho trío, siendo en conjunto este reparto uno de los más brillantes, pero más costosos, que haya dado la «Radio» a sus ya famosas películas.



Buster Keaton descubre un rival en Jackie Cooper, que, por lo visto, es tan bueno como él mismo cuando se trata de poner «cara de palo». El pequeño Cooper acaba de ser contratado por la M. G. M.

A QUENDE Y ALLENDE EL ATLÁNTICO. — Según miss Carolyn Putnam, la modista jefe del estudio neoyorquino de la «Paramount», la mayor parte de las mujeres de Francia acostumbran comprar sus vestidos en el mismo almacén, o acudir a la misma modista durante varias temporadas seguidas. Esta costumbre, empero, no la tiene la mujer americana, por la sencilla razón de que en cualquier almacén de modas de los Estados Unidos puede encontrar los modelos lanzados al mercado por las mejores modistas de París.

Es sorprendente, asegura miss Putnam, la velocidad con que la modista norteamericana se apresura a importar modelos de allende el Atlántico, reproducidos aquí, y ponerlos a la venta inmediatamente; todo en el brevísimo plazo de unos cuantos días. No hay modelo que aparezca en París que no pueda encontrarse a la venta en todas las ciudades de los Estados Unidos, a las pocas semanas de su aparición.

La mujer parisina se mantiene fiel, muchísimo tiempo, a un estilo determinado, y es mucho más conservadora que la norteamericana en materias de vestimenta. Por esta ra-



Kay Francis y Ricardo Cortez en una escena de la película Radio «The Next Corner» dirigida por Herbert Brenon.

zón, la mujer experimenta aquí muchísimo más, y cada día se acentúa más, la tendencia de Norteamérica a convertirse en líder de la moda mundial.

A causa de la atención con que las mujeres del mundo entero examinan los vestidos que aparecen en la pantalla, es preciso que éstos estén muchísimo más cuidados en sus detalles que los que la que pueda confeccionar la mejor modista.

Yo, personalmente, me sentí sumamente halagada en París, cuando oí decir a una dama elegantemente vestida, que asistía a la representación de la película de Chevalier «El gran charco»:

—C'est vraiment chic — refiriéndose a un vestido que ostentaba Claudette Colbert, y de cuyo diseño fui yo autora.

Este, me dije, es un elogio merecido que Francia dedica a Norteamérica.



El actor Saint Granger, protagonista de «Rien que la vérité», con la bellísima Imperio Argentina, protagonista de la «Costa Azul», Paramount.

NUEVOS TIEMPOS NUEVAS COSTUMBRES

por M. R. Rubí

En un espacio de tiempo relativamente corto (que puede precisarse en los años que llevamos de post-guerra), las costumbres sociales han cambiado en términos, que ya son cosa corriente los más atrevidos desnudos en la pantalla. Siguiendo a este paso, pronto llegará el día en que media docena de piezas de cinta basten para vestir a la comparsa y aun sobre con que hacer un collar al perro.

¡Qué lejos estamos de aquella época (de la que apenas nos separan diez años) en la que Gloria Swanson casi escandalizó al público por lucir toda la espalda al tomar una ducha en la película «Por qué cambiar de esposa»! ¿Y quién no recuerda la sensación que produjo Betty Compson, al exhibir los brazos y hombros desde el borde de una bañera en «El hombre milagroso»?

Después, los gustos y aficiones han cambiado con pasmosa rapidez. Las estrellas no oponen obstáculo a lucir la totalidad de sus encantos, y los directores de escena imponen el desnudo



Los directores de escena imponen a las comparsas la reducción del vestuario a la mínima expresión.



las partes secundarias y comparsas, reduciendo el vestuario a la mínima expresión.

Hace poco que una actriz tan distinguida y refinada como la exquisita Corinne Griffith, apareció en «La azucena de los valles» representando una figura alegórica, sin más ropaje que unos calzoncitos de malla y un resplandeciente casco, y en «Aurora dorada», la estatua Vivenne Segal, presenta unos cuantos estudios de línea dignos de figurar en un museo de escultura.

Ateniéndonos a las descripciones de la propia Kay Johnson, que actúa de protagonista en el film «Madame Satán», su atavío en esta obra se reduce a dos llamas cruzadas y una lanza. En «El cuerno de la abundancia», Edwina Booth se presenta vestida (o mejor dicho, desnuda) con tres cuartas partes de una hoja de palmera, y la linda Sue Carol se nos revela por completo en «El becerro de oro».

En las últimas revistas de Hollywood hay un grupo de «girls» que por todo indumento llevan un par de docenas de cuentas de vidrio engarzadas en un hilo, y otras cuantas danzarinas cuyo vestido va pintado en la propia piel.

Lo más difícil al implantar esta evolución del gusto, según Mr. Danny Dan, maestro de baile de la casa «Fox», es educar al público. A juicio del afamado profesor de danza, «aun estamos lo bastante atrasados para que un cuerpo de mujer escandalice nuestra timorata conciencia, porque no sabemos separar la grosera atracción de los sexos de la pura atmósfera de arte. En la antigüedad se honraba el desnudo, y las mujeres hermosas se presentaban en público sin más atavíos que su propia belleza. Pero ésta sería una nueva evolución demasiado radical para intentarla actualmente en la pantalla.»

Sin embargo, parece que las tendencias

El volumen y peso de los trajes de carácter de las costarricenses ha disminuido considerablemente desde 1890 hasta nuestros días. Anita Page nos muestra aquí el traje de aquel período, que pesaba diez y ocho libras, en contraste con el vestido de cuatro onzas de peso que usa en una película de la M. G. M.



Nuevos tiempos, nuevas costumbres.

de las nuevas películas nos van preparando a ello. En la mayoría de los modernos films se multiplican las escenas de cabarets prodigios en extravagancia y atrevimiento, y en los que cada productor trata de sobreponerse a los anteriores, en la exhibición de sensacionales desnudos. Paulatinamente vamos volviendo a la teoría de que no hay adornos que sobrepulen en belleza a las puras líneas de un hermoso cuerpo de mujer.

Este retorno al desnudo puede ofrecer positivas ventajas desde el punto de vista de la higiene. Tal es, al menos, la opinión dominante en Hollywood.

En primer lugar, hace conscientes a las mujeres de que su cuerpo encierra también encantos en lugares que antes permanecían siempre ocultos y a los que no se dedicaban ningunos cuidados. La nueva moda impone a las mujeres que se dedican a la pantalla (desde las estrellas a las modestas «extras»), la necesidad de la cultura física, en la que se encierra un manantial de salud. No puede exponerse a las miradas del público un cuerpo flácido y desdibujado. Y sólo en el constante ejercicio se encuentra la firmeza de las carnes y la turgencia de las formas.

La probabilidad de tener que lucirlas ha hecho sacudir la pereza a las más conspicuas actrices de la pantalla, que diariamente emprenden largos paseos a pie para tomar el sol y oxigenarse los pulmones. En cuanto a las chicas del coro, harto ejercicio hacen con los largos ensayos de sus danzas.

¡Pobre de la estrella que rechace este saludable sacrificio y se arrellane mullidamente en los almohadones de su lujosa limousine! La vejez llamará prematuramente a sus puertas, y el principio de obesidad y naciente deformación atraerán sobre ella las miradas de reproche de los directores, que la relegarán a los

papeles de característica, disminuyendo sensiblemente su sueldo.

La gentil Bessie Love tiene fama en Hollywood de poseer uno de los cuerpos más perfectos que se reflejan en la pantalla. Es una verdadera estatua de Tanagra, y la pureza de sus líneas avenitaja a las de muchas de sus compañeras más jóvenes que ella. Es una de las pocas mujeres que, según autoridades en la materia, podría mostrarse enteramente desnuda sin producir otra sensación que la de una casta belleza supremamente artística.

Para terminar, expondremos algunas opiniones de Mr. Sammy Lee, uno de los más conocidos directores de la «Metro Goldwyn Mayer»:

—La mujer que tiene un cuerpo verdaderamente hermoso —expone mister Lee— no suele envanecerse de él, ni abrigar pensamientos torpes. En cambio, otras, menos favorecidas por la naturaleza, no pueden ni enseñar un hombro sin poner un gesto de provocativa lubricidad. En un cuadro de revista que me correspondió dirigir, debían exhibirse seis muchachas muy ligeras de ropa. Al escogerlas, tuve tanto cuidado de que tuvieran un exterior perfecto, como de que su mentalidad fuese sana y bien equilibrada. Una mirada sensual o un gesto licencioso hubiera echado

(Continúa en la página 24)



¿Llegarán las cosas a este extremo? Janet Currie, actriz de la M. G. M., opina, según dice el pie de esta fotografía recibida de Hollywood, que en 1940 el traje de baño se habrá abreviado hasta consistir en dos simples hojas de parra..., como muestra aquí gráficamente.

MG. 15623

¡NO SOY FOTOGÉNICA!

(Continuación de la página 5)

te el halago de un príncipe-pastor, se fué al traste la de-
cantada serenidad olímpica.

ELLA. — A mí, lo que más me maravilla en las declaraciones de miss Europa, es su desdén ante las proposiciones de los productores cinematográficos...

EL. — ¡Por Dios, amiga mía! ¿También usted atacada de «hollywooditis» aguda?

ELLA. — También yo. Pero no en el sentido que muchas... Ni los periódicos fabulosos, ni la trompetería de los departamentos de propaganda me alucinan. Pero... en el caso de miss Hungría...

EL. — ¿Accedería usted?...

ELLA. — Sin vacilación. Miss Hungría es una belleza que «se sabe». Tendría, por tanto, conciencia de las limitaciones que como tal belleza la aprisionan, la cercenan. Y es éste un conflicto que la pantalla resuelve en cierto modo. Por la pantalla puede ser contemplada, amada a un tiempo en todas las partes del mundo. En la pantalla puede dar su actual belleza juvenil, viva, fresca, aromática, animada, a la admiración de las gentes, cuando ella en la realidad no sea sino una pavesa próxima a apagarse... Y aun después de apagada...

EL. — Habla usted casi con emoción. Entonces, ¿cómo usted misma no se decide?...

ELLA. — Porque yo, amigo mío..., ¡yo no soy fotogénica! Es una decepción insospechada que el tiempo reservaba a la mujer moderna. Aun la más categóricamente hermosa puede, no gustarle a la cámara, y son inútiles en ese caso maquillaje, efectos de «flou» y demás recursos al uso. El fallo de la cámara es inapelable..., menos sobornable su juicio que el de París. Y ¡si vieras tú! Viene a ser como un agravio del que no pueden pedirse cuentas... Y lo más grave es que le queda a una el resquemor de si tendrá razón la cámara, aun en contra del espejo.

EL. — No lo crea usted. Es que en toda belleza hay cierta cantidad de ese «algo» inefable que la cámara no acierta a

traducir, como en toda belleza hay un registro, una tonalidad, un matiz que el disco fonográfico no capta, no aprueba. A mayor volumen de ese «algo», que suele ser expresión, ingenuidad, bondad, vida, gracia, alma, espíritu, menor acierto traductivo, mayor fracaso del mecanismo. Pero no le pese... Usted misma lo ha dicho: nada tan atractivo, nada tan esencialmente precioso como lo incapturable, como lo efímero: juventud, pasión, alegría, flor, perfume, vuelo de pájaro, gracia de niño. Aun muchos artistas — un Dickens, un Wilde — han sentido profundamente el orgullo de ser su persona — lo pasajero — más interesante que su obra — lo durable —. ¿Cree usted que la juventud y la belleza tendrían para nosotros el valor que tienen si fuesen inmutables? Mudar es condición de lo vivo..., y la vida es la suprema obra de arte. Además..., prolongarse, ampliarse, es dispersarse... La señorita Europa piensa muy cuidadosamente al no pedir a su triunfo actual otra cosa que un grato recuerdo para luego. No le atormenta, amiga, el no ser fotogénica...

MARÍA LUZ MORALES

Depilatorio PERLINA

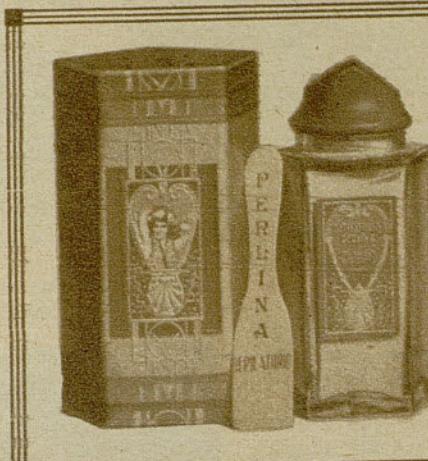
NOVEDAD
CIENTÍFICA

EXENTO DE OLOR
DESAGRADABLE

EXQUISITAMENTE
PERFUMADO

Blasco-Barca 1 na

Tarro, 3 ptas.
Sobre, 0'50 ..



La gloriosa ingenuidad yanqui...

(Continuación de la página 7)

era ésta una razón para laborar continuamente en el estrecho círculo de aquellas habilidades. El público tiene derecho a educarse, a esperar cada día que sus actores favoritos se superen. Eddie ha querido introducir en sus famosos «cuentos para personas mayores» mejoras que encontrarian, sin duda, la aprobación popular; pero sus productores se encuentran también con la ridícula censura.

Este es otro aspecto curioso de este pueblo grande de rara psicología. Mientras que se glorifican a los Al Capone, y el «raketerismo» toma proporciones alarmantes, llegando al extremo de que controla los más grandes intereses, y extiende sus tentáculos a través de toda la cosa pública, la censura, sesuda y grave, corta escenas enteras en películas donde se ha puesto un poco de picardía espiritual.

Un ejemplo de la concepción que del arte tienen los dueños del «becerro de oro» se presentó a mi vista cuando Eddie Buzzell y yo, acompañados del «manager» del mismo, nos prestamos a que la cámara fotográfica nos enfocara.

Eddie hubiera querido posar dejándose entrevistar por mí, o en una forma normal y sencilla.

Pues no, señor. Eddie, por ser un cómico en el tablado de la farsa, ha de aparecer siempre con la careta del clown adherida al rostro. Así, su manager opinó que había que hacer alguna gracia...

Durante unos segundos pensamos qué clase de simpleza satisfaría los gustos de aquel hombre. Nada se nos ocurrió.

— ¡Pero hombre! — gritó el señor aquel un poco congestionado —. Usted se pasa la vida divirtiendo al público, ¿no se le ocurre algo original?...

— Como no sea ahorcarme de una vez — dijo, un poco irritado, mi pobre entrevistado.

El manager se dió una palmada en la frente.

— Vaya, ya lo sabía. ¡Es usted un genio, Eddie!... Pues eso mismo, vamos a retratarlo ahorcándose y miss Spaulding tratará de impedirlo...

Asustada, protesté:

— No, eso, no. Si este señor quiere ahorcarse, yo me voy

y no lo entrevisto. ¡Pues no faltaba más! ¿Quién me asegura que no tiene la desgracia de asegurarse el cuello irremediablemente?

Pero una percha presente solucionó el problema. Eddie propuso «ahorcarse» allí, en aquella percha...

«Con darle un puntapié — pensé yo — tengo bastante si el hombre comienza a congestionarse.»

Y he aquí por qué, para satisfacer los gustos de este pueblo ingenuo, que rie las gracias de Eddie Buzzell y no entendería sus bellos poemas, por la primera vez en mi vida periodística entrevistado a un ahorcado...

De todas maneras, suponiendo que a nosotros, los que consideramos esta ingenuidad yanqui con una sonrisa un tanto despectiva, nos parezca exagerada la prodigalidad con que se hacen ídolos en este pueblo, hay que confesar que son inofensivos. Le dan a su público lo que éste quiere y como, salvo rarísimas excepciones, el arte aquí está vencido por la producción excesiva, la calidad por la cantidad, no es de extrañar que Eddie se vea impelido a producir película tras película. Son asuntos cortos, como el título lo dice: «cuentos para personas mayores».

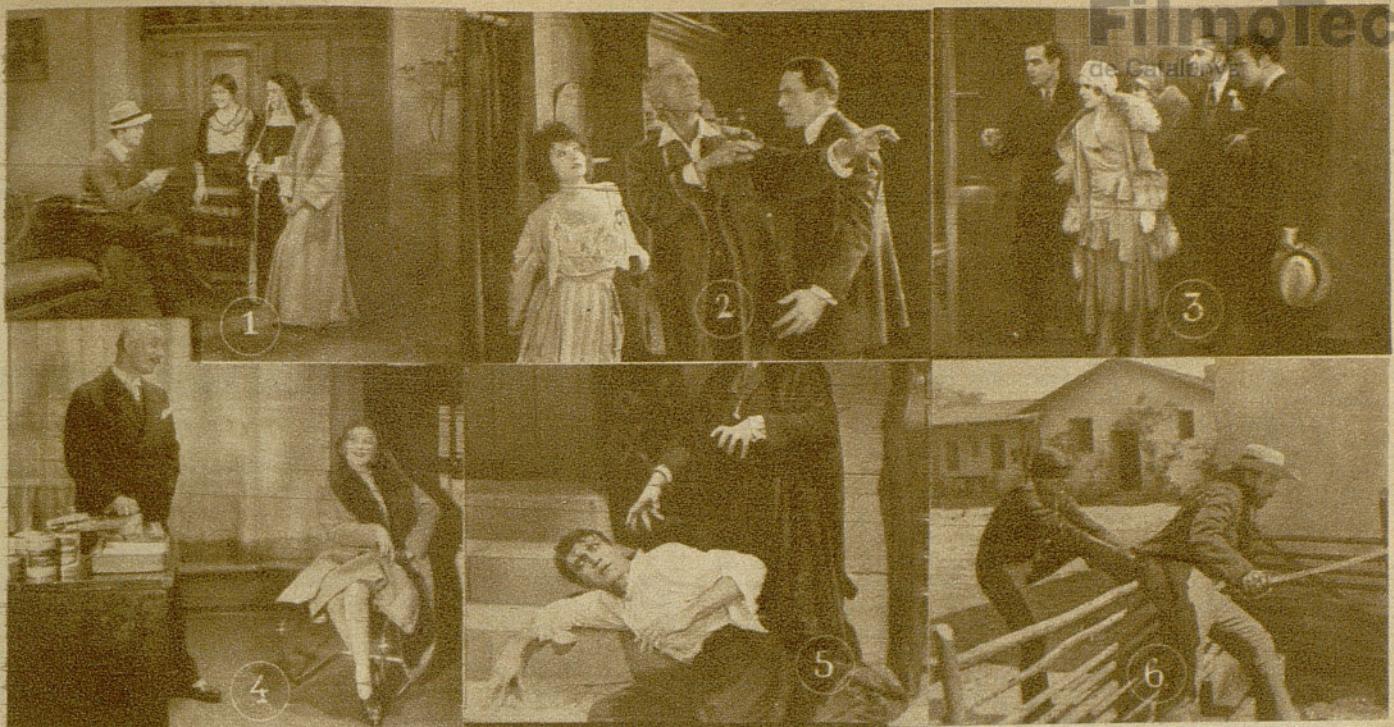
La biografía de Eddie Buzzell, anterior al día aquel en que se reveló a sí mismo como una «promesa», es sencilla y sin complejidades.

Nació en Brooklyn, en el estado de Nueva York. Se educó en el mismo lugar. Ha crecido poco..., su estatura actual es de cinco pies y tres pulgadas; pesa ciento veintiocho libras, posee un par de ojos de color castaño y cabellos negros. Se casó con una estrella de cine de relativa popularidad: Ona Munson.

Actualmente Eddie Buzzell está bajo contrato con «Columbia Pictures». Y, según él mismo me confiesa, sus ambiciones no son ciertamente las de quedar toda la vida apareciendo en estas cintas de corto metraje, con argumentos más o menos inverosímiles y fantásticos, sino de producir algo realmente digno de llamarse arte. Afanosamente está en busca de material adaptable a la pantalla para estas «especiales» películas cortas de «Columbia», pero sin perder de vista la posibilidad de una verdadera cinta de asunto lógico.

Veremos hasta cuándo este ídolo se conserva en su frívola pedestal.

MARY M. SPAULDING



Tercer concurso organizado por **FILMS SELECTOS**

Como quiera que el anterior Concurso resultó mucho más complicado y difícil de lo que suponíamos y pretendíamos, hemos decidido organizar uno nuevo que creemos es mucho más atractivo y sencillo sin dejar de ser muy cinematográfico, el cual se regirá por las siguientes:

BASES

1.^a — Este Concurso consiste en acertar a qué película pertenece cada una de las doce escenas cuyas fotografías

publicamos en esta página, y a ser posible cuáles son los principales intérpretes de las mismas escenas.

2.^a — Las soluciones deben indicar el conjunto de títulos y los actores, o algunos de ellos, de cada fotografía.

3.^a — Con cada solución debe venir, pegado en la misma, un cupón de los que publicaremos en cada número hasta terminar este Concurso, y en forma bien legible, al pie de ellos, el nombre y las señas del concursante, además de la firma del mismo.

4.^a — Se concederán los siguientes premios:

1.^a — Un reloj pulsera, marca Cortevert, en oro garantizado por el almacén de relojes J. M. Portusach.

2.^a — Una máquina fotográfica para película, marca Quillet, tamaño 6 X 9 - Optica Rodenstock Trinar.

3.^a — Un estuche de manicura especial.

4.^a — Un lindo estuche de perfumería.

5.^a, 6.^a y 7.^a — Premios de las casas Paramount, Metro Goldwyn Mayer, e Hispano Fox Film, consistentes en una colección de 10 fotografías de artistas, de cada una de dichas productoras.

5.^a — Estos premios se sortearán entre todos los que envíen la solución completa y exacta, ajustándose además

a lo que indicamos en la base tercera.

6.^a — En el caso, no probable, de no recibir ninguna solución completa, se sortearán los premios entre los que más número de escenas hayan acertado.

7.^a — Se pueden enviar cuantas soluciones se desee, pero si un mismo concursante envíara varias exactas, únicamente será válida una de ellas.

8.^a — Las soluciones pueden dirigirse hasta el 30 de septiembre al administrador de FILMS SELECTOS, Diputación, 219, Barcelona.

9.^a — No sostendremos correspondencia acerca de este Concurso.

Tercer concurso de
Films Selectos

CUPÓN
NÚM. 44



Jack Castello a la conquista de Hollywood

(Continuación de la página 12)

busca de nueva fortuna. Pero, una vez en Hollywood, le atrajo la pantalla y decidió probar sus aptitudes en ella. Durante algunos meses fué el «extra» desconocido, que sólo consigue trabajo de vez en cuando.

Pero pronto consiguió papeles cortos en «El precio de la gloria», «Los amores de Carmen» y otras películas. Había pasado, por consiguiente, la época más difícil para los actores de cine; había logrado salir del montón anónimo de la comparsería. La senda estaba franca para él. Y cuando todos esperábamos que seguiría caminando hasta llegar a la meta, sintió la nostalgia de la patria y, sin pensarlo mucho, tomó un tren para Nueva York y allí un barco que lo dejaría en Francia, donde, después de pasar unos días alegres en París, emprendió el camino de España.

Llegó a Madrid sin avisar, y nuestra sorpresa fué grande cuando lo vimos, porque no podíamos suponer que dejara Hollywood cuando empezaba a sonreírle. Pero Castello es así y aquí estaba con un puñado de miles de dólares en el bolsillo y, en los ojos, una mirada de optimismo.

En Madrid trabajó en dos películas: «La copla andaluza» y «El suceso de anoche». Y un día, convencido de que en España no habrá nunca producción cinematográfica de importancia, se marchó a París. Era cuando la «Paramount» instalaba sus estudios en Joinville. Castello pudo haber trabajado allí, ya que se le hicieron proposiciones, pero él quería antes prepararse para el nuevo cinema y se dedicó a perfeccionar el francés y a educar su voz para el canto.

Mientras, se marchó a Alemania y estuvo una corta tempo-

rada trabajando en películas mudas. Cuando volvió a París le ofrecieron un papel para una película hablada. Al mismo tiempo, un representante de la «Metro» le ofreció un contrato para Hollywood y, naturalmente, aceptó lo último.

La primera película que ha hecho para esta productora se titula «La estrella negra», y en ella desempeña un papel de importancia junto a María Luz Callejo y otros artistas hispanos. Castello está, otra vez, a punto de conseguir destacar en la pantalla y es de esperar que ahora no se permitirá gastar nuevas bromas con su porvenir.

Nosotros le enviamos desde aquí nuestro cordial saludo y hacemos votos por que se sitúe lo antes posible en el píñaculo de la gloria cinematográfica.

RAFAEL MARTÍNEZ GANDIA

LA MUJER ES UN ARTE DIGNO DE ESTUDIO, SEGÚN HARRY LIEDTKE

(Continuación de la página 17)

creer que es adulación. Uno de los viajes que tengo en proyecto es a España, y en cuanto tenga unos meses libres iré allá de riguroso incógnito.

— ¿Conoce algo de lo nuestro?

— De teatro conozco todo lo que se traduce. He leído a Lope de Vega, Benavente, hermanos Quintero y algunos otros. Me han deleitado las obras de estos autores, sobre todo las de los dos primeros. Además, me admira la modestia de los españoles, que no conceden la importancia que tienen sus valores internacionales.

— ¡Agradecido a sus elogios! — le replico, orgulloso de ser de la raza latina.

Me ofrece un cigarro, los encendemos y continuó:

— Cuénteme algo de su vida.

— No tiene nada interesante. Me dedico con fervor a mi trabajo y al estudio. Hago una vida sin otra inquietud que el arte.

— ¿Y el amor no le inquieta? — le pregunto.

— No pienso en eso. Las inquietudes artísticas no me dejan tiempo, aunque considero que la mujer también constituye un arte al que hay que dedicar todo el estudio posible.

— ¿Cómo no piensa en el amor estando casado? — me apresuro a preguntarle.

— Porque ya lo he conseguido con mi boda con Clarieth Thorczy.

Al terminar la frase, como si hubiese estado oyendo la conversación, la esposa de Harry aparece en el despacho, le da un beso a su marido y nos saluda.

Cen Clarieth en escena ya no nos es imposible continuar indagando, y nos despedimos de esta pareja de excelentes artistas.

ALVARO CARRASCOSA
Berlín

TINTURA MARTHAND

DE POSITIVOS Y RAPIDOS RESULTADOS



Tiñe las CANAS

con una sola aplicación,
dejando el pelo con el
más hermoso negro natural.
No contiene sales de
plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña . . . 4 ptas.
Caja grande . . . 6 *

DE VENTA EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS

Nuevos tiempos, nuevas costumbres

(Continuación de la página 21)

a perder el conjunto que debía tener la serena belleza de un objeto de arte.

No creo que por ahora lleguemos al desnudo completo en la pantalla... Habrá que esperar, por lo menos, a que en Hollywood las mujeres lleguen al perfeccionamiento de sus formas, mediante un régimen de alimentación combinado con ejercicio y sanean al mismo tiempo su mentalidad, limpiándola de impurezas... Entonces cesará de ser el desnudo una provocación al sexo contrario, para convertirse en lo que debe ser, es decir: en un alarde de plástica belleza.

Contraviniendo la autorizada opinión de Mr. Lee, nos permitimos manifestar nuestro humilde parecer de que esas estatuarias exhibiciones estarán en su lugar ante un reducido areópago de artistas, mas resultan inadmisibles frente a un numeroso público, en el que se encuentran todas las esferas sociales, del que forman parte muchos menores de edad y al que no se puede sujetar, en masa, al saneamiento mental que el acreditado director quiere imponer a sus actrices.

M. R. RUBI

DIRECCIONES DE ESTRELLAS

Metro-Goldwyn-Mayer Studios, Culver City, Calif.

Renee Adoree
Nils Asther
Lionel Barrymore
Wallace Beery
Jack Benny
Charles Bickford
Edwina Booth
John Mack Brown
Lon Chaney
Joan Crawford
Karl Dane
Marion Davies
Mary Doran
Duncan Sisters
Josephine Dunn
Cliff Edwards
Greta Garbo
John Gilbert
Lawrence Gray
Raymond Hackett
William Haines
Marion Harris
Leila Hyams
Kay Johnson
Dorothy Jordan

Hal Roach Studios, Culver City, Calif.

Charley Chase
Oliver Hardy
Harry Langdon

Samuel Goldwyn, 7210 Santa Monica Blvd.
Hollywood, Calif.

Vilma Banky
Walter Byron

Ronald Colman
Lily Damita

Fox Studios, 1401 No. Western Avenue, Hollywood, Calif.

Frank Albertson
Robert Ames
Mary Astor
Ben Bard
Warner Baxter
Rex Bell
El Brendel
Warren Burke
Sue Carol
Helen Chandler
Marguerite Churchill
Mae Clark
Sammy Cohen
William Collier, Sr.
Joyce Compton
Fifi Dorsay
Louise Dresser
Nancy Drexel
Charles Eaton
Stuart Erwin
Charles Farrell
Stepin Fetchit
John Garrick
Janet Gaynor
William Harrigan
Richard Keene

Lola Lane
Dixie Lee
Ivan Linow
Edmund Lowe
Sharon Lynn
Farrell MacDonald
Mona Maris
Kenneth McKenna
Victor McLaglen
José Mojica
Lois Moran
Charles Morton
Paul Muni
J. Harold Murray
Barry Norton
George O'Brien
Paul Page
Tom Patricola
Sally Phipps
David Robins
Arthur Stone
Nick Stuart
Norma Terris
Don Terry
Marjorie White
Keene

nocida... Quisiera verle, trabajar con usted... Esta otra carta es de una francesa... Esta de Londres... Esta otra de Méjico... Sí, dicen lo mismo todas... le han visto trabajar; es usted el ideal soñado, es...

— Bastal... Conteste amablemente y mándele fotografías, dando las gracias.

— Esta; uno de sus compatriotas, emigrante y sin trabajo...

— Extienda un cheque... Recomiéndele al *casting director*... y basta por hoy...

Por otra parte, inmóvil en el umbral de la puerta, Natacha Rambova aguardaba a su marido. Y retrepados en los almohadones de una amplia *limousine*, el señor y la señora Valentino se dirigían a *Montmartre* — ¡oh, ironía de una comovedora manía de imitación! —; a *Montmartre*, un restaurante *dancing* de la Avenida Highland, en busca de alguna otra estrella perteneciente, como Rodolfo, a la aristocracia de los *big four*, del *smart set* de la pantalla, o a comerse una «tortilla a la parisien» bajo un diluvio de *shimmies*, entre la multitud pintoresca de bañistas masculinos con mallot negro y bañistas hembras de trajes sugestivos y fantásticos, allá abajo, en algún restaurante de Santa Mónica, la playa de Hollywood.

... Media noche. A través de la ciudad dormida, arrullado por la dulce canción del motor, bajo la caricia de la brisa nocturna, había regresado Rudy, saturado de música, de miradas curiosas, de saludos, de cumplidos, cansado hasta sentir náuseas de oírse saludar, apenas entraba en un restaurante o en cualquier sala de espectáculos, por las notas del *Sheik*, un fox-trot con el que todas las orquestinas juzgaban indispensable acogerle...

Y solo al fin, completamente solo en su despacho, tras una atenta meditación ante los diez frascos en que tenía cuidadosamente encerradas las distintas mixturas, sabiamente dadoras, de los rubios tabacos que le preparaba Dunhill, habiendo elegido juiciosamente entre sus cincuenta y dos pipas, tendido en el diván, Rudy entregóse a sus ensueños, fija la mirada en el diminuto volcán cuyo humo emergía de su pipa, como para mejor contribuir a transportarle desde aquel Hollywood, donde había alcanzado la gloria universal, a las playas en que se alzan el Vesubio y el Etna, hacia la humilde aldea natal que viera nacer y crecer al pequeño Rodolfo Guglielmi...

Y en las espirales azuladas del humo, creía ver revivir Rodolfo su pasado.

relucen con extraño brillo, buscando la mirada magnética del bailarín al que parecen acompañar en su apasionada danza, no una, sino diez, veinte bailarinas... ¿Ensayan?... ¿Impresionan la fiesta?... O, por el contrario, ¿es que cada una de las mujeres que se encuentran allí, estrellas, simples *movies* u obscuras comparsas, no son ya sino una embriaguez, un tácito consentimiento doblándose entre los brazos vigorosos de Rodolfo?...

— Cut!

La orden brutal ha roto el encanto... Calla la orquesta... Los operadores dejan de dar vueltas a las manivelas... Los rostros se distienden...

Como para mejor indicar el fin del sortilegio y cuanto encerraba de ficticio y de irreal, Natacha Rambova avanza alta, hierática casi, en su traje de largas mangas que le da un aspecto de virgen prerrafaelita, sonriendo con su eterna sonrisa inmóvil, aquella sonrisa fría en que se complace su orgullo, su vanidad de poder proclamarse, entre tantas mujeres que la envidian, la mujer, la esposa legítima de Rodolfo Valentino, del Amante soñado.

Con su andar lento, indiferente a cuanto la rodea, Natacha Rambova pasa, llevando su libro de apuntes y su lápiz de «director artístico» en la mano. ¿No es acaso, además de la esposa, el *art director*, la inspectora casi de las producciones de su marido? No hay peligro de que deje olvidarlo. Y con frases breves sugiere una advertencia a Valentino, indica un defecto en la actitud de una comparsa, prescribe también que se abrevie el *close up*, el gran primer término que ha tomado el operador de Vilma Banky, excesivamente halagador a su juicio.

Luego, satisfecha de sí misma, se aleja, mientras con ademán rápido, un poquillo nervioso, unas *girls* sacuden su borla de polvos sobre una nariz que brilla. Rodolfo enciende indolentemente un cigarrillo, y, tras

un paramento del decorado, algún comparsa bebe furtiva y ávidamente un sorbo de un *whisky* de contrabando.

Música... Megáfono... Vuelta a comenzar bajo la bóveda cegadora de las luces que derriban los maquillajes, calientan las paredes, animan los cuerpos, creando un ambiente de fiebre y de perfumes compuestos.

Y así hasta las doce y media, hasta que suena la campana que anuncia la hora del breve almuerzo... *Lunch time!*... Inmediatamente se desbandan las damas nobles, los mujicks, las estrellas, precipitándose todos, sin asomo de preocupación superflua de las jerarquías sociales, hacia el restaurante del estudio en el que se mueve, acciona, masca el más bizarro conjunto de personas. Todas las edades, todas las razas, todas las épocas, todas las condiciones se codean. Los actores del *Aguila Negra*, improvisados subditos de la Rusia de Catalina II, están mezclados ahora, en esa Babel, con *cow boys* que alargan un vaso vacío a un mosquetero, burgueses «Restauración» que ofrecen un cigarrillo a una marquesa de cabellera empolvada, policías que fraternizan con los «villanos» a quienes perseguían por la mañana con tenaz persistencia... Los tazones de leche — ¡oh régimen de ley seca! — y los jugos de diversas frutas, se uneñ para humedecer insípidos *ham and eggs*; el mozo agujerea los *tickets* que substituyen la moneda... La multitud del *moving pictures* no come; se nutre...

Allí, en el rincón más tranquilo, algunas estrellas bromean; los actores dramáticos en tono de mayor reserva, las lindas *bathing girls*, las bañistas, con lenguaje algo más libre...

Y, dominado de pronto por su natural concentrado, nervioso, casi nostálgico, Rodolfo Valentino almuerza silenciosamente, indiferente a las hermosas miradas de los ojos azules, pardos o gris-verdes dirigidos hacia él.

CAPÍTULO IV

«AT HOME»

LAS cuatro. El potente *cut!* de Clarence Brown suspende el trabajo; por hoy, se ha imponiendo ya bastante. El director necesita descanso para revisar las escenas ejecutadas la víspera y preparar el trabajo del día siguiente. Con una palabra, despide su ejército.

Nueva desbandada. En la corta alegría del trabajo concluido, el cansancio parece olvidado momentáneamente. Las actrices se dirigen a sus *camerinos* y los comparsas al rincón donde dejaron sus cajas de maquillaje que, dentro de poco, descansarán sobre sus rodillas en el tranvía directo que les llevará nuevamente a Hollywood. Entre los *babies spots*, pequeños proyectores móviles, y los decorados, los atrecistas recogen los mil y un elementos del baratillo cinematográfico. Una *maid* corre en busca de una fruslería cualquiera olvidada por Vilma; el *casting director* reúne a varios comparsas inteligentes, mientras, severo y absorto en su inmóvil meditación, el *studio manager* escupe a lo lejos, con decisión, una bolita de goma de mascar que va a clavarse en el suelo...

Rápido, incansable, seguido de su argumentista y de uno de sus secretarios, Valentino se dirige al coche.

— At home! —

Y nuevamente, pero en sentido inverso, el torpedo silencioso emprende el mismo camino de por la mañana, a lo largo de las avenidas anchas y lisas como pistas, entre dos filas de palmeras que levantan sus troncos rojizos y su verde cabeza ante las verjas de los parques... Numerosos kilómetros de bulevares, cortados por otros en los que zumban los autos deslizándose en aquel inmenso parque de verdura que forman los jardines a través de los que blanquea, bajo el cálido sol californiano, la coqueta

monotonía de las *bungalows*, modestas viviendas de cincuenta dólares al mes, alternando con las suntuosas moradas de las estrellas; chalets normandos más o menos auténticos, mezquitas simuladas, pabellones de caza de un estilo Luis XVI americanizado, o sencillas quintas de estilo colonial en las que se refleja, como en la *bungalow* de Tomás Ince, la casa del glorioso Washington, fielmente copiada.

Sin moderar la velocidad, el torpedo penetró en la blanca carretera que conducía a la quinta de Rudy, alegre en medio de su jardín de limoneros y palmeras y parterres floridos. Olvidando el esfuerzo suministrado bajo la bóveda excesivamente recalentada del estudio, Rodolfo respiraba a plenos pulmones el aire que azotaba la colina a cuya falda se extienden los tejados planos, perdidos en un océano de verdura, de Hollywood, la ciudad de las sombras, la Reina de la pantalla.

Dos gamas de sonoros ladridos saludaron el regreso del dueño y dos perros se precipitaron hacia él; con toda su espontaneidad vigorosa de mastines alemanes, *Scheik* y *Marqués* festejaban a su amigo.

— Yes! Yes! You are... Shut up!... —

— ¡Esfuerzo inútil! El prestigio de Valentino no alcanzaba a aquellos cuadrúpedos; en lugar de callarse, multiplicaban sus gritos, sus demostraciones de amistad.

— Es inútil; está visto que no he de conseguir enseñarles el poco inglés que sé. —

Era cierto; aquellos dos animales, traídos muy jóvenes a los Estados Unidos, se habían acostumbrado a oír que Rudy les hablaba solamente en su lengua materna. Era inútil darles una orden en inglés o en alemán. Fué preciso que el *Aguila Negra* empleara la lengua del Dante y de

Mussolini, para que *Scheik* y *Marqués* consintieran en aflojar el abrazo de sus pesadas e inhábiles patas.

— Hello! Kid! —

Con una especie de alegría juvenil, Rodolfo se desnudó, vistió un pantalón corto de *sport*, calzó los guantes y los zapatos de boxeo... Su entrenador estaba ya en guardia... Como todos los días, durante media hora, Valentino, el elegante bailarín, el esbelto jinete, se perfeccionaba en el «noble arte» en compañía de un campeón profesional, de ese Kid Mac Koy, cuya ágil esgrima le permitía no olvidar ninguno de los secretos, no perder nada de la elasticidad adquirida en las lecciones recibidas del mismo Jack Dempsey.

...Un imaginario golpe de *gong* puso fin a la sesión... Cincuenta metros corriendo hasta un estanque que ocultaba la frescura de su agua limpia bajo un frondoso eucalipto... Diez vueltas de alegres retazos alrededor de la pintarrajeadas pelota de *water polo*; unas brazadas... Así descansaba Valentino todos los días, desnudando el personaje representado durante el día, convirtiéndose nuevamente en el turbulento adolescente que había sido en el colegio de Perugia, en Génova, ávido solamente de una especie de placer animal...

Y unos minutos más tarde reanudaba el *star* su vida ordinaria. En el despacho, donde diera libre curso a su prodigalidad su buen gusto hereditario de latino por los muebles bonitos y las chucherías de precio, rodeado por sus secretarios, Rodolfo Valentino se informaba del correo del día.

Montones de retratos a dedicar, proposiciones, demandas...

— ¿Esa carta?...

— Un periodista que envía un cuestionario completo.

— ¿Otra vez?... ¿Qué quiere saber?

— Todo. Cuál fué su primer *film*.

— Ya lo sabe usted: *La virgen casada*, bajo la dirección de Emmett Flynn.

— ¿Cuál es su papel preferido?

— Juan Gallardo, de *Sangre y Arena*.

— Si posee usted una mascota.

— ¡Ya lo creo!... Mi esposa.

— ¿Supersticiones?

— No, no.

— ¿Qué perfume prefiere usted?

— El *Maharadjah*, de Rosine.

— Si fuma usted.

— Conteste que más que toda la marina reunida de la Federación de los Estados Unidos.

— Si es usted goloso.

— No. En América es preferible así.

— Si es usted fiel.

— ¡Cómo!... Sí; a menudo.

— ¿Cuál es su ambición?

— Agradar.

— ¿Y sus defectos?

— Son demasiados. Es preferible que elija usted mismo.

— ¿Qué cualidades le adornan?

— Las otras; las que me prestan.

— ¿Cuáles son sus autores preferidos?

— D'Annunzio, Dante, Carducci, Maupassant, Hugo y Baudelaire.

— ¿Y sus compositores predilectos?

— Mozart, Puccini, Mascagni, Wagner.

— ¿Su pintor?...

— Rafael... ¿Qué más? — preguntó Rodolfo burlón, adoptando por un momento un acento pesado de aprendiz parisén... — ¿Está servido el señor?... Pasemos a otra cosa... ¿Qué más hay?

— Un horóscopo que manda un fakir. Un retrato moral...

— ¿Qué es eso?

— Un análisis psicológico de usted, revelado por el estudio de su fisonomía.

— Well! ¿Qué dice ese inventor?

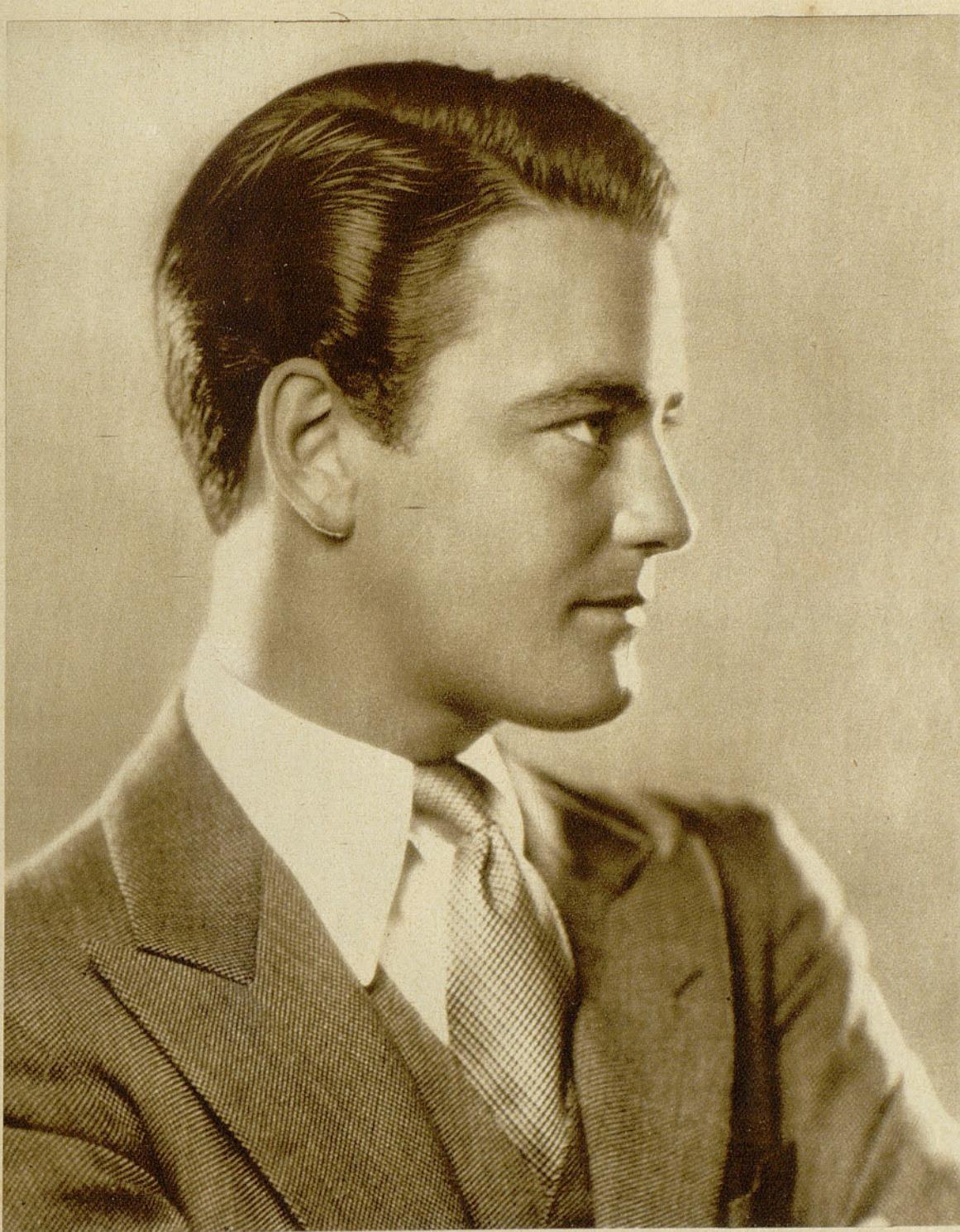
— Cejas arqueadas: independencia. Ojos hundidos: ardor sentimental. Nariz larga: inteligencia. Aletas de la nariz móviles: sensibilidad. Boca de comisuras levantadas: imaginación viva y vehemencia de corazón. Labio inferior grueso: fantasía y vivacidad. Mandíbula poderosa: voluntad. Caracteres dominantes: pasión, combatividad, sensualidad, temperamento de artista, galantería...

— No siga. Va usted a hacer que me pierda... Veamos las cartas. ¿Esa?

— De Chicago. Firma una desco-

ALBUM DE
FILMS SELECTOS

Filmoteca
de Catalunya



LEWIS AYRES

ALBUM DE
FILM SELECTA
de Catalunya



JEAN HARLOW